

XIII DOMINGO TIEMPO ORDINARIO

Reyes 19, 16b. 19-21 Gálatas 5, 1. 13-18 Lucas 9, 51-62

“Te seguiré, Señor, adonde vayas”

27 Junio 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“PARA VIVIR EN LIBERTAD, CRISTO NOS HA LIBERADO”

Quería comenzar hoy con una frase interesante: "El hombre no puede descubrir nuevos océanos si no tiene el valor suficiente para perder de vista la orilla"¹. Muchas veces, los océanos se quedan sin descubrir, porque no hemos sido capaces de dar un salto de audacia. Estar dispuestos a cualquier cosa en la vida nos parece casi impensable. Nos gusta la comodidad y la rutina se convierte en nuestra mejor aliada. El hombre, por inercia, y por el paso de los años, tiende al reposo. Y el reposo refleja todo menos una actitud de búsqueda. Decía **Mario Benedetti**: "Me gusta la gente que vibra, que no hay que empujarla, que no hay que decirle que haga las cosas, sino que sabe lo que hay que hacer y lo hace". Hoy quería comenzar con estas frases que hablan de audacia, de valor y de falta de miedo. A nuestro alrededor descubrimos mucha pasividad, muchos corazones dormidos que sólo despiertan ante un televisor o ante las desgracias que suceden con frecuencia. Hay mucho miedo a la aventura y abunda la desesperanza. En nuestra misma Iglesia es frecuente el consumismo religioso y falta disponibilidad para la entrega. Por eso cuesta tanto repetir con el corazón la frase recogida en el Evangelio de hoy: "Te seguiré, Señor, adonde vayas". Todos querríamos vivir siempre así, sin miedos, y con la mirada puesta en el futuro, sin dudar. A lo mejor hemos pronunciado estas palabras en alguna ocasión. O tal vez nos dio miedo decírselo tan claramente a Dios. Sin embargo, con frecuencia, nos aferramos a nuestra orilla, a aquello que nos da seguridad y nos permite vivir tranquilos. El miedo a abandonar nuestras seguridades, y nuestro mundo previsible, es muy fuerte. Estas palabras expresan un anhelo, el deseo más profundo del corazón del hombre enamorado de Dios, aunque nos encontremos muy lejos de ese ideal. Tal vez hemos pronunciado esas palabras en algún momento, o sólo pensado en nuestro interior que quisiéramos decírselas a Dios; en cualquier caso, sabemos que nos cuesta mucho dejarlo todo y caminar sin volver la mirada hacia todo lo que dejamos atrás. Ir a cualquier lugar donde Dios quiera llevarnos suena peligroso. **Cuesta dar la espalda a la orilla y emprender un nuevo viaje hacia los mares que aún desconocemos.**

Dios, por su parte, nos invita a vivir la vida como una aventura, en libertad y sin miedos; nos llama a vivir con la paz que nos da el saber que estamos haciendo lo que nos pide en cada momento, que nuestra vida descansa en sus manos. **Nos dice S. Pablo:** "Para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado. Por tanto, manteneos firmes, y no os sometáis de nuevo al yugo de la esclavitud. Hermanos, vuestra vocación es la libertad: no una libertad para que se aproveche la carne; al contrario, sed esclavos unos de otros por amor". Pero, ¿qué supone la verdadera libertad de vivir en Cristo? Libertad es esa palabra que tantas veces ha sido malinterpretada y ha llevado a confusiones. Se ha visto en su dimensión puramente opcional, como la capacidad de optar entre varias posibilidades. Por lo tanto, si reducimos la libertad a ese primer aspecto, uno es tanto más libre, cuantas más opciones tiene para elegir en la vida. Por eso, para ser más libres, parece que el camino es el "no compromiso", porque comprometerse cierra otras posibles opciones. Sin embargo, la

¹ André Gide (1869-1951).

libertad no se puede reducir a la libertad de opción, al libre albedrío. **S. Agustín** va más allá y la define como la “capacidad de realizar el bien con vistas al fin”. Enfocándolo hacia el tema de la autorrealización personal, el concepto de libertad tiene más un carácter entitativo que opcional. Consiste “en la aptitud que posee la persona para disponer de sí en orden a su realización”. De esta forma, la persona más libre es aquella que más se ha comprometido por esa realización del bien, en orden a su propia realización como persona. El hombre libre es un hombre autónomo y no masificado, arraigado y no desvinculado, que sabe elegir y comprometerse en el camino que lo hace más persona. Es necesario que la Iglesia forme hombres libres, personas con esa verdadera libertad que nos da Dios. Decía el **P. Kentenich**: “Queremos ser formadores, plasmadores de hombres y hacer que los hombres crezcan orgánicamente desde dentro”². **El secreto de la verdadera educación consiste en educar hombres libres desde lo más profundo de su corazón.**

Entonces, de nuevo nos preguntamos: ¿Dónde se encuentra la verdadera libertad? La libertad aparece íntimamente unida con el amor y la vida en el Espíritu: “Porque toda la Ley se concentra en esta frase: «Amarás al prójimo como a ti mismo.» Pero, atención: que si os mordéis y devoráis unos a otros, terminareis por destruirnos mutuamente. Yo os lo digo: andad según el Espíritu y no realicéis los deseos de la carne; pues la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne. Hay entre ellos un antagonismo tal que no hacéis lo que quisierais. En cambio, si os guía el Espíritu, no estáis bajo el dominio de la Ley”. Gálatas 5, 1. 13-18. La llamada de **S. Pablo** nos invita a vivir en el Espíritu para vivir la libertad de los hijos de Dios. La vocación de Dios es una llamada al amor, a ser esclavos los unos de los otros por amor. La libertad no es ausencia de vínculos, al contrario, supone vivir anclado en Dios y en los hombres. El hombre libre es un hombre sanamente vinculado, arraigado en otros corazones, comprometido por el amor y enamorado. Un testimonio emotivo sobre la libertad es el que nos da **Tatiana Goricheva**. Después de su conversión vive una intensa libertad interior, a pesar de la opresión comunista, pero al visitar Occidente queda algo decepcionada por la superficialidad que le parece percibir: “He llegado a Viena ¿Qué es lo que he sentido aquí? ¿He vivido el sentimiento de libertad? Tampoco en Rusia era libre. La libertad es un don de Dios. Es una obligación. No un derecho. Tuve la sensación de vivir en un mundo de formas, donde todo encontraba su expresión y un envoltorio elegante; el exceso de cosas hermosas que a una le arrastran, si no está bastante orientada al cielo. Aquí la tierra te puede tragar para siempre”³. En muchos ambientes la libertad se ha quedado en frivolidad o superficialidad, cuando no en una excusa para la carne, como dice San Pablo. La libertad a la que aspiramos, por el contrario, está entonces unida a la fuerza del Espíritu que Dios nos regala, para poder seguirle en el camino. La libertad tiene que orientar nuestro corazón al cielo, desapegándose del mundo que lo reclama. No nos desentendemos del mundo en el que vivimos y amamos, pero no nos dejamos tragar por sus demandas. Podríamos decir entonces, que **la verdadera libertad nos ha de llevar a cortar con todo lo que nos ata y esclaviza. Y así podremos comprometernos con la vida de Dios.**

En primer lugar, entonces, es necesario cortar con todo lo que nos ata. Seremos más libres, cuando sintamos que hemos roto con las esclavitudes que pesan en nuestra alma. **Facundo Cabral decía:** “La vida no te quita cosas, te libera de cosas, para que vuelas más alto, para que alcances la plenitud. Haz sólo lo que amas y serás feliz”. Y es que estamos llamados a volar alto, a no quedarnos esclavizados en el mundo. **Cesare Cantú** nos muestra cuándo seremos más libres: “Cuantas menos necesidades sintáis, más libres seréis”. La libertad es desprendimiento de lo que nos ata y compromiso con lo que nos da vida. El corte con las ataduras sólo tiene sentido, si el camino de nuestra liberación es permitir que nos atemos de nuevo por amor, a ese Dios que nos da la plenitud. Decía el **P. Kentenich**: “Dios ha respetado la libertad del hombre. Existe una sabiduría en el hecho de poner en movimiento la

² J. Kentenich, Textos pedagógicos, 239

³ Citado por Ayllón, Dios y los náufragos, 186

*libertad del hombre, de tal forma que, desde su libertad, pueda decir que sí al deseo y a la voluntad de Dios. ¿Y qué arriesga Dios en ello? Que el hombre use mal su libertad*⁴. Dios es, ante todo, respeto absoluto y aguarda siempre con paciencia nuestra decisión; sabe que muchas cosas nos pueden impedir seguir sus pasos, por eso nos llama con delicadeza y no fuerza nuestra voluntad. El Evangelio hace referencia a esas barreras que pueden hacer que no sigamos el camino que Dios nos propone. **Es el camino largo y difícil del seguimiento, del abandono en las manos de Dios; es el camino de la verdadera libertad.**

Surgen siempre tentaciones antes de seguir a Dios en su llamada; porque nos cuesta dejar aquellas cosas de las que nos sentimos responsables, aquello que nos ata. En las lecturas de hoy se describen algunas razones que pueden impedir nuestro seguimiento. **La primera: antes de emprender el camino, creemos que es necesario hacer algo, cerrar una etapa, en este caso algo muy concreto: despedirnos de los seres queridos.** Así pasó con Eliseo: “*En aquellos días, el Señor dijo a Elías: «Unge profeta sucesor tuyo a Eliseo, hijo de Safat, de Prado Bailén.» Elías se marchó y encontró a Eliseo, hijo de Safat, arando con doce yuntas en fila, él con la última. Elías pasó a su lado y le echó encima el manto. Entonces Eliseo, dejando los bueyes, corrió tras Elías y le pidió: - «Déjame decir adiós a mis padres; luego vuelvo y te sigo.»* Del mismo modo, alguno que quería seguir a Jesús dudaba: “*Otro le dijo: «Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de mi familia.»* Son razones nobles y comprensibles, pero no suficientes para retener nuestros pasos. En los dos casos no es igual la reacción de Elías que la de Jesús. Elías permite que vaya a despedirse de los suyos: “*Elías le dijo: -«Ve y vuelve; ¿quién te lo impide?» Eliseo dio la vuelta, cogió la yunta de bueyes y los ofreció en sacrificio; hizo fuego con aperos, asó la carne y ofreció de comer a su gente; luego se levantó, marchó tras Elías y se puso a su servicio*”. Reyes 19, 16b. 19-21. Aunque Eliseo muestra su deseo imperturbable de empezar una nueva vida. **Quema los aperos, rompe las ataduras y vuelve al encuentro de Elías.**

Jesús, por su parte, se muestra más estricto y exigente: “*Jesús le contestó: «El que echa mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el reino de Dios.»* Lucas 9, 51-62. Jesús no admite que miren atrás los que están dispuestos a seguir su camino. Teme que esa mirada vuelta hacia el pasado, impida el seguimiento de los que han comprometido su vida con Él. No quiere medias tintas. **S. Beda lo comenta:** “*Si alguno pone la mano en el arado y se deleita mirando lo que ha dejado, se priva ya del Reino futuro*”. Mirar lo que hemos dejado atrás aumenta la tentación de volver a ello. Es fácil, porque la naturaleza violentada, busca volver a lo que antes tenía. **Además, muchas veces queremos contentar a todos con nuestras decisiones.** Le decían a Alicia en el país de las maravillas: “*No debes complacer a todos, la decisión debes tomarla sola*”. Las decisiones importantes en nuestra vida no suelen contentar a todos y habrá muchos que consideren que nos estamos equivocando. No obstante, la decisión es nuestra y la tomamos en soledad. Seguir a Jesús no es fácil. Después tomar una gran decisión en nuestra vida, surgen muchas decisiones pequeñas que nos exigen **volver a repetir con el corazón, el deseo incuestionable de dar la vida por Dios.**

La segunda razón para retrasar el seguimiento tiene que ver con el deseo de enterrar a los muertos: “*A otro le dijo: «Sígueme.» Él respondió: «Déjame primero ir a enterrar a mi padre.»* Y Jesús le dijo: “*Le contestó: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios»*”. Jesús parece negarse a que aquel que le quiere seguir entierre a su propio padre, pero no se puede interpretar en un sentido literal. **S. Ambrosio aclara la negativa de Jesús:** “*No es que se prohíba enterrar al padre, sino que se le da preferencia a la vida de fe sobre las exigencias de la naturaleza. Aquello se deja a los que aún no siguen a Cristo*”. Y **S. Cirilo explica algo más:** “*Dijo sepultar, esto es, sustentar en la*

⁴ J. Kentenich, En libertad ser plenamente hombre, 122

vejez hasta la muerte. Habría otros en su familia que podrían realizar esos deberes. Muertos porque no habían creído todavía en Cristo". Esta razón para retrasar nuestra disposición, tiene relación con todos esos compromisos y obligaciones que tenemos en la vida. Hace poco me comentaba una persona casada, que había muchas obligaciones familiares que le exigían todo su tiempo, y no quedaban apenas momentos de tranquilidad para estar con Dios. El mundo es exigente y las personas que nos quieren nos demandan con mucha frecuencia nuestro tiempo y atención. La llamada de Jesús puede a veces exigirnos cortar con todo aquello que nos impide obedecer el seguimiento. No parece tan sencillo y, sin embargo, deberíamos preguntarnos si realmente tenemos la libertad para responderle con todo el corazón a Jesús cuando nos llama. **Deberíamos profundizar en nuestra reflexión personal y ver qué ataduras hacen que no regalemos nuestra vida totalmente a Dios. ¿Qué hilos nos atan e impiden decirle sí a Dios con todo el corazón?**

Aparece un elemento más en el seguimiento del Señor: la incertidumbre y la inseguridad: "Mientras iban de camino, le dijo uno: «Te seguiré adonde vayas.» Jesús le respondió: «Las zorras tienen madriguera, y los pájaros nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.» No parece una excusa para que no le siga, simplemente aclara las condiciones del seguimiento. Aquel que sigue al Señor sabe que su vida va a estar llena de incertidumbres. Y en toda decisión algo perdemos. Sí, perdemos la seguridad de lo que todavía controlamos. Decía el Quijote: "Lo importante es el camino, no la posada". Jesús quiere que soltemos amarras y dejemos que nuestra barca vaya a la deriva, sin ataduras. Guiada sólo por los vientos irá donde Dios quiera llevarla. No obstante, siempre queremos sujetar el timón, porque hacerlo nos tranquiliza. En un libro de oraciones del P. Kentenich, el Hacia el Padre, leemos: "Hasta ahora tuve yo el timón en las manos; en el barco de la vida tan a menudo te olvidé; me volvía desvalido hacia ti de vez en cuando, para que la barquilla navevara según mis planes" (Est. 398). Seguir a Jesús nos exige dejar nuestra vida en manos de Dios. **El salmo** expresa esa actitud de aquel que confía plenamente en Dios: "Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti; yo digo al Señor: «Tú eres mi bien.» El Señor es el lote de mi heredad y mi copa; mi suerte está en tu mano. Bendeciré al Señor, que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón y mi carne descansa serena. Porque no me entregarás a la muerte, ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha". Sal 15, 1-2a y 5. 7-8. 9-10. 11.

La libertad verdadera nos exige entonces romper con las ataduras y comprometernos con la nueva vida que se nos propone como camino. La libertad exige compromiso. Para ello es importante tener en cuenta que la verdadera decisión del corazón ha de seguir estos pasos: "Saber lo que quiero; querer lo que sé; hacer lo que quiero; y amar lo que hago". **El primer paso consiste en: Saber lo que quiero.** No es fácil entender lo que Dios nos pide. Decidirnos por Dios es descubrir el primer paso del camino: **¿Qué nos está pidiendo?** Para ello es muy importante nuestra vida de oración, nuestra búsqueda en el silencio y en la interpretación de las señales que nos va dejando en el camino. Queremos escuchar una y otra vez su voz: "Sígueme". El ruido y las prisas no dejan que el alma sea un lugar de paz en el que se pueda escuchar a Dios. **El segundo paso supone: Querer lo que sé.** No es suficiente un conocimiento racional de su voluntad. Los deseos de Dios han de ser abrazados con el corazón. Querer lo que nos pide, amar su voluntad, es el único modo de vencer las dificultades para emprender el camino y olvidar la seguridad de la orilla. **El tercer paso nos lleva a la acción: hacer lo que quiero.** Supone realizar la llamada concreta de Dios. No puede quedar todo reducido a un deseo, a un anhelo del alma. Tenemos que dar el primer paso del camino. Un largo camino de miles de kilómetros comienza con un solo paso. Ese paso suele ser el más difícil, como ya hemos visto, porque muchas cosas nos atan y nos recuerdan la seguridad que tememos

abandonar. **El cuarto paso nos lleva a: amar lo que hago.** No basta tampoco con querer lo que sabemos que Dios nos pide. Es fundamental amar lo que hacemos, nuestra vida concreta, la inseguridad del camino, sin pensar en la meta que se nos promete. Esta actitud exige audacia y un corazón grande y sin miedos. Estos cuatro pasos son fundamentales en toda decisión y fortalecen nuestra propia libertad. *¿Se dan habitualmente en nuestra vida? ¿Los vivimos en todo lo que hacemos?*

Por otro lado, tenemos que contar con que en el camino habrá dificultades. El rechazo puede ser parte del seguimiento: “Cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Y envió mensajeros por delante. De camino, entraron en una aldea de Samaria para prepararle alojamiento. Pero no lo recibieron, porque se dirigía a Jerusalén. Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le preguntaron: «Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo que acabe con ellos?» Él se volvió y les regañó. Y se marcharon a otra aldea”. Ante el rechazo surge la tentación de responder con violencia. Jesús calma la ira que surge en sus corazones. Dice **S. Ambrosio**: “Jesús no se indignó para manifestar que la verdadera virtud no es vengativa y que no hay caridad allí donde existe la ira”. De esta forma quiere preparar el corazón de aquellos que le siguen. Así lo explica **S. Cirilo**: “Para que no se escandalizasen cuando le vieran padecer, considerando que también ellos debían ser pacientes cuando los ultrajesen, hizo preceder, como cierto preludio, la repulsa de los samaritanos. Les enseñó que debían estar llenos de paciencia y mansedumbre”. La paciencia y la mansedumbre son los signos del cristiano. **Dice Santo Tomás de Aquino respecto a la ira:** “Es lícito airarse en ciertos casos. Quien se irrita sin motivo es culpable, pero quien se irrita con causa justa no es culpable.” Hay, por lo tanto, una ira buena que no nos hace pecar. Al contrario, esta ira es la que nos permite vencer la indiferencia y la pasividad, nos permite apasionarnos por la vida y soñar con lo más alto. Esa ira buena nos permite atrevernos a dejar la comodidad de la orilla, adentrándonos en el riesgo de la aventura. No dejemos de emprender viajes peligrosos por miedo a la equivocación. El que no arriesga, no ama de verdad. El que vive siempre con miedo, no vive de verdad. No obstante, existe el peligro de dejarnos llevar por la ira y excedernos. Esa ira mala es la que queremos evitar. Por eso Santo Tomás habla de la necesidad de la mansedumbre: “La clemencia y la mansedumbre hacen al hombre grato a Dios, en cuanto concurren al mismo efecto con la caridad, que trata de evitar el mal al prójimo”. Necesitamos la mansedumbre y la humildad del Señor, para mantener la paz del corazón y no caer en la ira desmedida. **Ante las dificultades es necesario vivir con paz, aunque nos rebelemos y necesitemos que Dios calme nuestro corazón.**

La invitación que se nos hace este domingo es la siguiente: RECORRER EL CAMINO SIGUIENDO A DIOS, CON UN CORAZÓN LIBRE Y LLENO DE PAZ. Hoy miramos a nuestra Madre. **María** supo seguir sin miedo los pasos que le pidió su Padre. Ella, soltó las amarras, dejó la orilla de sus seguridades, y se adentró en la aventura de una vida guiada totalmente por Dios. Dice **Benedicto XVI**: “Dios no actúa contra nuestra libertad. Y sucede algo realmente extraordinario: Dios se hace dependiente de la libertad, del “sí” de una criatura suya; espera este “sí””. María sabía que humanamente iba a experimentar su propia limitación, pero eligió libremente el camino señalado. Ante la espera de Dios, ante el respeto de un Dios paciente, María responde con su vida. Es la misma experiencia de todos los santos, que tuvieron que dar saltos audaces y recorrer un camino totalmente desconocido para ellos. María nos recuerda que no somos nosotros, que es el mismo Dios con nosotros, quien hace posible el seguimiento. María nos hace comprender, que el pecado que nos asusta y la debilidad que nos avergüenza, no son impedimentos insuperables. María nos anima a decir que sí, no ya con los labios, sino con el corazón dócil y abierto. **Nuestro sí ha de renovarse cada mañana y sólo puede fortalecerse en la entrega silenciosa y radical de cada día.**